

HASTA LOS COJONES DEL MÓVIL

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

HASTA LOS COJONES DEL MÓVIL

En los últimos años el teléfono móvil no ha supuesto más que un constante motivo de disputa en nuestra casa, sobre todo con mi única hija. Me ha tocado discutir por todo: por el elevado precio del aparatito en cuestión (que además quiere cambiar cada dos por tres), por lo que apoquino de tarifa, pero sobre todo por su uso, que entiendo indiscriminado e indebido. Como a mí el empleo del móvil no me interesa ni me ocupa más allá de lo estrictamente necesario, observo sin comprender pero con fastidio, preocupación y estupor cómo nos hemos dejado tiranizar por él en tan poco tiempo. Y no sólo los más jóvenes han sucumbido. ¿Tan gregarios somos? ¿Tan necesitados estábamos del móvil y no lo sabíamos? ¿Tanto nos aterra la soledad? ¿O se trata quizás del silencio, el quedarnos a solas con la única compañía de nuestros pensamientos? ¿A qué tanto narcisismo imbécil? El móvil en la mano, cual monitos sin control, escribiendo chorradas sin cuento (y más con la llegada del *guasap* ese, “¡que es gratis!, papá”) o compartiendo trivialidades, pendientes muchas veces de fotografiar y de grabar buenos momentos en lugar de vivirlos simplemente, creyéndonos muy especiales. El triunfo del egotismo, vaya. ¡Y cualquier lugar es válido para practicarlo! ¡Qué hartura! “A este paso vamos a necesitar el dichoso móvil hasta para hacernos una paja”, le dije una noche a mi mujer. ¿Es que acaso ya nadie recuerda que hubo una época no muy lejana en la que el teléfono móvil no nos tenía completamente agilipollados? Bueno, no era tan grave, me decía mi mujer procurando suavizar mi tremendismo con su indulgencia característica. “Cada generación ha soportado lo suyo. Mi hermana se lió con un *punkarra* con la edad de nuestra hija, así que vete preguntarle a mi padre”. Aunque no me queda otra que aceptarlo, me sigue sin convencer, y la última vez que solté mi recurrente invectiva mi mujer me replicó: “Me estás rallando, cariño. Deja de despotricar tanto del móvil, que no ves el momento de parar. Además, hace unos años no hubieras dicho lo mismo. ¿O es que ya no te quieres acordar de aquel día?”

Y lo peor es que en parte Ágata llevaba razón. Aquel sábado de febrero de 1995 con gusto hubiera dado medio brazo por disponer ambos de un puñetero teléfono móvil.

Había comenzado todo con una llamada de teléfono precisamente, dos noches atrás. Ágata y yo estuvimos hablando acerca de concedernos otra oportunidad, de retomar nuestra relación. Una probable y nueva reconciliación. Nos habíamos separado de manera transitoria (mejor,

había sido ella quien se alejó de mí poniendo varios centenares de kilómetros por medio) seis meses atrás. Por aquel entonces llevaba poco tiempo residiendo en una pequeña capital de provincias, adonde me habían destinado tras aprobar unas oposiciones de agente judicial. Ella alegó entonces que necesitaba reflexionar, que nadie la molestase. Quería poner orden en esa cabecita loca suya, indagar entre el embrollo de sus sentimientos. Por eso se fue así, sin avisar, sin más ni más se marchó un buen día a casa de su hermana mayor. Pero ahora me decía que no había solucionado nada, que seguía sin saber bien qué era lo que buscaba, y que sufría mucho por ello, y por hacerme sufrir a mí. Le había dicho que sabía de mi apoyo incondicional, que la continuaba queriendo como no había querido a nadie, que seguía siendo el mismo tipo solitario y un poco gris que ella había conocido un día.

No obstante, quería ir con cuidado. No deseaba tentar a la suerte y volver a equivocarse como las otras veces. Ansiaba la seguridad, lo definitivo para lo nuestro, fuera del signo que fuese. Pero dudaba, era inestable y de talante voluble, impredecible en su comportamiento. Un día quería una cosa y al día siguiente otra bien distinta. Aun así yo estaba irremediabilmente colgado de ella, en contra de la opinión de mi familia, quien me consideraba poco menos que un pusilánime redomado que vivía sometido a sus manejos y caprichos.

“Bien, entonces, ¿qué debo esperar pasado mañana?”, le había preguntado tirando el anzuelo para ver si pescaba alguna respuesta concreta, algo poco menos que imposible viniendo de Ágata. “No te puedo prometer ni asegurar nada, pero creo que sí, que al final cogeré ese autocar y regresaré contigo”.

La estación de autobuses quedaba lejos de mi casa, pero no cogí mi coche ni el transporte público para ir hasta allí. Llovía ligeramente, pero tampoco llevaba paraguas. Prefería caminar pensativo bajo la lluvia, reflejarme en los improvisados y sucios espejos de los charcos recién formados en el suelo.

Las doce menos cinco. Había fumado ya no sé cuántos cigarrillos. Con la ropa empapada y el corazón desazonado, paseaba arriba y abajo por la sala de espera de la estación. Tras tomar un lingotazo de coñac en la cafetería para calentarme el cuerpo, calmar los nervios y apaciguar mi ánimo, atravesé la sala y salí a esperarla en el andén.

El extenso y alargado andén era recorrido periódicamente por ligeras ráfagas de un viento frío y molesto. Me senté en un banco de metal ocupado a medias por un matrimonio mayor; personas de piel morena y arrugada, que esperaban también con sus bártulos entre las piernas. Sólo aguanté allí sentado unos pocos minutos, los que tardé en fumar otro cigarrillo mientras observaba cómo llegaban y partían autocares y

viajeros.

Las doce y diez. El autocar de Ágata se retrasaba. Fumé el último cigarrillo del paquete. ¿Y si en esta ocasión no viene?, me preguntaba agoraramente... Pero no, estaba casi convencido de que vendría. Tenía un buen presentimiento. Ágata aún me amaba, seguro; sólo estaba confusa, nada más. Algo normal. Su mente era demasiado reflexiva, pero su corazón no solía engañarle. En el momento en que dudaba y no sabía cómo salir de su atolladero emocional, siempre se dejaba guiar por su corazón. Así me lo había dicho hacía tres años, cuando la conocí accidentalmente en la cafetería de otra estación de autobuses (Ágata no sabe conducir), un día de verano en el que yo había ido a visitar a un amigo a la ciudad de Ágata y ella no sabía qué coño iba a hacer con su novio. Al instante me di cuenta, por una de esas certezas esporádicas que sabes que escapan a toda lógica, de que ella sería la mujer de mi vida.

No tardará mucho, me dije mientras miraba el reloj por enésima vez. Pensaba en lo que le iba a decir en cuanto nos viésemos. ¿Cómo debía de ser mi primera reacción? ¿Un abrazo amistoso y efusivo? ¿O tal vez un beso apasionado?... Bien, me dije que no tenía que preocuparme por semejante nadería.

Las doce y veinte. A medida que pasaban los minutos crecía mi ansiedad, el corazón me martilleaba dentro del pecho. Maquinalmente, llevé mi mano al bolsillo de la chaqueta. Maldición, ya no me quedaba tabaco, lo había olvidado. Volví apresuradamente a la cafetería y saqué una cajetilla de la máquina expendedora.

Nuevamente en el andén, vi que llegaba otro autocar. Me quedé mirando a los viajeros: sus caras estaban abotargadas por el cansancio del viaje, llevaban adheridos a la piel los restos de un sueño interrumpido. Por no sé qué motivo, siempre que me encontraba en una estación o en un aeropuerto me embargaba la curiosa y extraña sensación de que algunas de esas caras me resultaban familiares; lo cual, por supuesto, era falso. Sin embargo, ello no me impedía pensar, cuando miraba a aquellos viajeros desconocidos y sin nombre para mí, que ya los había visto anteriormente, como si perteneciesen a algún remoto momento de mi pasado, como si de pronto surgieran de un recóndito lugar de la memoria.

Aceleré el paso sorteando a aquellas personas, muchas con prisa por engullir una comida o ir a los servicios antes de proseguir su viaje. Iba esquivándoles en zigzag, igual que un esquiador de esláalom. Casi al final del andén, descubrí estacionado en su dársena el autocar de Ágata, pero allí ya no había nadie. No podía ser. Miré, comprobé el frontal del vehículo, que coincidía con lo que indicaba el panel informativo. Me giré angustiado, con sudor en la frente, buscándola con la mirada desesperadamente. No la veía, no la veía por ningún sitio, y me parecía

imposible que se hubiese cruzado conmigo, que se hubiera confundido con aquella marea de viajeros sin que ninguno de los dos reparase en la presencia del otro.

Regresé por donde había venido. Quería creer que por un descuido imperdonable Ágata había pasado junto a mí y no la había visto. Quizás había salido de las primeras, pensaba, justo cuando estaba sacando tabaco en la cafetería.

De nuevo en la sala de espera, la recorrí con la vista primero, luego miré detenidamente por aquí y por allá, por este rincón y por el otro, registré las cabinas de teléfono, los lavabos... Nada. Indagué en cada cola de personas, escruté cada rostro femenino... Nada. Ya tenía la boca seca, el pelo todo revuelto, la camisa pegada a la piel por el sudor, el corazón latiendo desbocado presa de la angustia. Entré en la cafetería, busqué entre el murmullo de voces, entre los besos de bienvenida y de despedida de la gente... Nada.

Volví otra vez al andén, me di de cara con más viajeros, pero ni rastro de Ágata, hasta que al final del andén vi a una mujer, una mujer no muy alta pero esbelta. De espaldas a mí, se entretenía contemplando un cartel o anuncio publicitario que colgaba de la pared. Aflojé el paso al tiempo que descubriría una figura que aún conservaba muy presente en la cabeza: observé su largo cabello rizado y rubio, la chaqueta negra de cuero, las líneas de sus caderas un poco anchas a través de la falda, sus pantorrillas bien modeladas, sus zapatos de tacón y a su lado, en el suelo, un bolso de viaje.

Casi al instante mi pulso se normalizó. Mírala, ahí está, y tú tan preocupado, me iba diciendo mientras caminaba despacio y pisaba sin hacer ruido, el cigarrillo en los labios y con ganas de darle una sorpresa. Cinco, cuatro, tres metros... Me detuve a su espalda, posé suavemente la mano derecha en su hombro derecho a la vez que le preguntaba: "¿Has tenido que...?", pero no finalicé la pregunta, y el cigarrillo se me cayó al suelo porque el rostro de aquel cuerpo que creía de Ágata no era el de ella. Y esta otra Ágata me miró desconcertada primero y luego sonrió al ver mi azoramiento. Le dije rápidamente que lo sentía, que la había confundido con otra persona (su parecido con Ágata, vista de espaldas, era asombroso), y salí huyendo de allí como un lunático, anonadado por mi patinazo, con una frustración y un cabreo encima de mil demonios.

Andaba apresuradamente por el andén pensando que había perdido a Ágata para siempre. Y me preguntaba cómo iba a poder vivir sin ella, y sentía allí mismo el peso de su ausencia, al saberla definitiva e irremplazable, como un dolor agudo dentro del pecho.

Desde un teléfono de la estación llamé a casa de su hermana, quien me aseguró que Ágata había salido de allí con la idea de reunirse conmigo. Y

tras colgar percibí que ella también se quedaba preocupada por si le hubiera podido ocurrir algo.

Salí de la estación pasada la una menos veinte. Sentado dentro del autobús, cabizbajo y absorto en mis pensamientos, hice todo el trayecto hasta casa.

En mi barrio, casi me arrastraba por las calles que, bien regadas por la lluvia, rezumaban humedad y despedían olor a limpio. Pensaba que poco después estaría en mi casa vacía, en mi habitación vacía, en mi cama vacía. Todo tan vacío como mi propia vida.

La una y cuarto. Compré de camino una barra de pan y un par de revistas. Llegué a mi portal. Saqué las llaves del bolsillo de los pantalones. Volví por un casual la cabeza y en la acera de enfrente advertí la presencia de una mujer que, de espaldas a mí, contemplaba el escaparate de una perfumería. Me quedé mirándola. Una antigua manía que regresaba: mirar a las mujeres cuando están distraídas y no se saben observadas. Me quedé mirándola: su largo cabello rizado y rubio, la chaqueta negra de cuero, las líneas de sus caderas un poco anchas a través de la falda, sus pantorrillas bien modeladas, sus zapatos de tacón, y a su lado, en el suelo, un bolso de viaje. Me quedé mirándola. ¿Me estaba convirtiendo en un paranoico?... Crucé la calle. Ya iba a tocarle el hombro cuando ella se giró en ese preciso instante, quizá me vio venir por la luna del escaparate.

Ágata se volvió. Sí, era el rostro alegre y pecoso de Ágata el que me miraba sonriendo. Eran sus enigmáticos ojos casi negros. Era la misma boca, los mismos labios generosos que había yo había besado cientos de veces... "¡Oh, Dios!", dije, y la abracé impetuosamente. Ella me acogió en sus brazos con algo de sorpresa, mi cuerpo tembló por la emoción y la felicidad del momento. La estreché entre mis brazos con tanta vehemencia que el pan y las revistas se cayeron al suelo. La gente pasaba a nuestro lado por la acera y nos miraba extrañada. Yo seguía abrazado a Ágata, aferrado a su cuerpo tibio, besándole el pelo mojado y la frente fría una y otra vez. No, no quería volver a separarme de ella nunca más, no quería ser vulnerable nunca más. "¿Qué te ocurre, tonto", musitó ella dulce, cariñosamente. Luego me besó, y vio las lágrimas que corrían por mi cara y comprendió enseguida su significado. Las enjugó con sus besos, con su respiración agitada, con su aliento cálido, mientras decía que sí, que estaba allí conmigo y que no tenía nada que temer porque ya jamás volvería a marcharse, jamás volvería a dejarme solo. Continuó besándome por toda la cara, con más ardor..., y yo no fui capaz de decir ni una sola palabra.

Al cabo de un rato nos separamos. Ágata se agachó a recoger las revistas y la barra de pan, inservible ya. En silencio pasó su brazo por mi cintura y

yo cargué con su bolso. Cruzamos la calle y entramos en el portal.

En el ascensor, Ágata me dijo que no había subido a ese autocar porque hasta última hora no había decidido nada, y se enredó y me enredó en sus abundantes explicaciones. Al final había podido coger un tren, antes de que fuera demasiado tarde, pero por los pelos, dijo, como era habitual en ella, siempre de prisa y corriendo. Luego, aún dentro del ascensor, la besé; y después, sin poderlo evitar, me eché a reír. Enormes y estruendosas carcajadas. Y Ágata también estalló en carcajadas. Y allí permanecimos un buen rato, dentro del ascensor, riéndonos, riéndonos, riéndonos sin poder parar.

Esa tarde engendramos, probablemente, a nuestra hija. Sea como fuere, vino al mundo nueve meses después, a finales de noviembre.